

ASIA Y ÁFRICA ACTUALES

GUERRA Y PAZ EN AFGANISTÁN: UN ANÁLISIS DEL CONFLICTO AFGANO EN PERSPECTIVA (1978-2008)

CARLOS FEDERICO DOMÍNGUEZ ÁVILA
Centro Universitario Unieuro (Brasilia, Brasil)

Introducción

Ciertos acontecimientos en la historia de la humanidad son particularmente importantes para comprender y aproximarse de la mejor manera posible a la realidad. Los dramáticos ataques —dichos— terroristas a Nueva York y Washington, del 11 de septiembre de 2001, ciertamente quebraron los equilibrios dinámicos preexistentes de naturaleza económica, sociopolítica y estratégica. Al mismo tiempo, dichos acontecimientos crearon las condiciones que permitirían suponer el cierre del interludio de unilateralidad hegemónica estadounidense que caracterizó, en gran medida, la evolución de las relaciones internacionales durante la década de 1990 y la apertura de un nuevo periodo en la historia de las relaciones internacionales contemporáneas.

Más de seis años después de aquellos acontecimientos, el escenario internacional ha sido testigo de continuidades y cambios altamente relevantes y polémicos que incluyen los conflictos internos en Afganistán, Iraq, Somalia, Haití, Sudán y muchos otros. También, tensión y divergencias entre las grandes potencias, tanto entre grandes potencias como entre ciertas potencias emergentes como Corea del Norte, Irán, Venezuela, la India, Paquistán y otras.

Sobre la base de estos comentarios iniciales conviene reconocer que la finalidad del presente artículo es ayudar a comprender el origen y la evolución del actual conflicto afgano, especialmen-

te después de los dramáticos ataques suicidas a dos importantes ciudades estadounidenses en septiembre de 2001.

Es posible rastrear los orígenes del actual conflicto interno afgano en el triunfo de la Revolución de Abril de 1978 y, especialmente, en la intervención militar soviética en el país. Ambos acontecimientos despertaron intensas presiones nacionalistas y antiintervencionistas durante la década de 1980. Conviene agregar que las mismas fueron capitalizadas principalmente por organizaciones inspiradas en el fundamentalismo islámico, contando, además, con el conveniente respaldo político, militar, financiero y diplomático de los gobiernos de Paquistán, Estados Unidos, China, Arabia Saudita, Egipto, etcétera.

He ahí el origen de los famosos *mujabeddin* afganos —es decir, guerreros santos islámicos. Fueron ellos quienes terminaron expulsando a los soviéticos en 1989 y, tres años más tarde, derrocando lo que quedaba del régimen revolucionario del Partido Popular Democrático de Afganistán (PPDA). Sin embargo, el triunfo militar de las fuerzas contrarrevolucionarias afganas no se tradujo en la creación de un gobierno realmente representativo, debidamente legitimado y viable en el mediano plazo.

Fue en ese contexto que surgió, en 1994, la milicia fundamentalista islámica Talibán. El Talibán es una organización político-militar-religiosa integrada principalmente por estudiantes de teología islámica de la etnia pashtún. Desde el comienzo hasta finales de 2001, el Talibán contó con el abierto, sistemático y persistente respaldo del servicio secreto de Paquistán y del millonario saudita Osama bin Laden —y su organización terrorista Al-Qaeda. El 27 de septiembre de 1996, la milicia Talibán logró expulsar de Kabul a las fuerzas del presidente Burhanuddin Rabbani —integrada principalmente por miembros de las etnias tayika y uzbeca, ambas del norte del país.

Desde entonces hasta la caída del régimen Talibán, la dimensión doméstica del conflicto afgano se expresó en el virtual estado de guerra civil entre las fuerzas del Talibán y de la Alianza del Norte —también conocida como Frente Unido. Conviene agregar que a comienzos del año 2001, la milicia fundamentalista Talibán había conquistado prácticamente todo el territorio afgano, marginando las fuerzas de la Alianza del Norte a regiones periféricas del país. Los gobernantes de entonces procuraron esta-

blecer un orden sociopolítico totalitario, fundamentado en una abusiva lectura del tradicional código legal musulmán, la *sharia*.

Los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, el inicio de las operaciones militares antiTalibán y contra Al-Qaeda, comandadas por estadounidenses y británicos (a partir del 7 de octubre de 2001), y el posterior desmoronamiento del régimen Talibán provocaron una dramática alteración en las tendencias del conflicto Talibán-Alianza del Norte.

Posiblemente lo más significativo de la campaña militar contra el régimen Talibán haya sido crear las condiciones que posibilitarían la organización de una nueva estructura de gobierno en el país. En tal sentido, el acuerdo político alcanzado por cuatro importantes etnias afganas —pashtún, tayika, uzbeka y hazara— en la ciudad alemana de Bonn, el 5 de diciembre de 2001, fue extremadamente importante para visualizar un Afganistán dirigido por un gobierno mucho más representativo, legítimo, viable y dispuesto a iniciar la reconstrucción del país, después de más de dos décadas de guerras, destrucción y empobrecimiento generalizado de la población.

Cinco años después de la caída del régimen Talibán, la situación interna del país es aún extremadamente compleja y violenta. El actual gobierno del presidente Hamid Karzai depende enteramente de las tropas de los 26 países que integran la Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad (ISAF, por sus siglas en inglés). Muchos temen el resurgimiento de la lucha armada con una milicia Talibán renovada y con un poderoso discurso contra la presencia de fuerzas extranjeras. El narcotráfico, la delincuencia común y la cada vez más frecuente violación de los derechos humanos complementan un panorama difícil para los propios afganos, para la región de Asia central y para el mundo.

Afganistán: Algunos antecedentes históricos y geopolíticos, con énfasis en su inserción internacional durante la década de 1980

Afganistán es un Estado ubicado en Asia central, con especificidades realmente interesantes. Entre ellas destaca el haber sido —jun-

to a Etiopía, Yemen del Norte, Arabia Saudita, Irán, Nepal y Tailandia— uno de los pocos países afroasiáticos que nunca fue colonizado por las potencias imperialistas europeas. Geográficamente se trata de un Estado con una extensión territorial aproximada de 650 000 km². En la actualidad, su población estimada supera los 26 millones de habitantes. Afganistán colinda al sur y al este con Paquistán; al oeste con Irán; al norte con las ex repúblicas soviéticas de Turkmenistán, Uzbekistán y Tayikistán; y al extremo este con China —a través del llamado Corredor de Wakhan. Las principales ciudades afganas son: Kabul (capital), Kandahar, Herat, Mazar-e Sharif, Kunduz, Jalalabad y Taloqan.

En lo que respecta a la composición étnica de su población —un asunto extremadamente importante en la evolución histórica del país—, Fred Halliday sugiere que se trata de un verdadero “museo de pueblos”.¹ Desde un punto de vista étnico, los principales grupos de la población afgana son los pashtún o push-tunes (38% de la población, concentrados en las regiones sur y este), los tayikos (25% de la población, concentrados en el noroeste del país), los hazaras (19% de la población, concentrados en el oeste), y los uzbekos (8% de la población, concentrados en el norte). También es posible identificar a grupos étnicos minoritarios tales como los baluques, los aimaq, los turcomanos, los Qizil-Bazh, los judíos, los sikhs, los nuristanos y otros —que en conjunto representan alrededor de 10% de la población.

Paralelamente, la abrumadora mayoría de la población afgana es musulmana (99%). Aun así, conviene observar que dentro del país existen importantes divergencias de cuño religioso entre las facciones sunnita y shiíta. La mayor parte de los pashtunes y los uzbekos son sunnitas, mientras que la mayoría de la población tayika y hazara se considera shiíta. También existen en Afganistán pequeñas comunidades religiosas de orientación hindú, judía y cristiana.

En el ámbito sociopolítico, la evolución histórica de Afganistán durante el siglo xx se caracterizó, entre otros aspectos, por el predominio de una forma de Estado monárquico-conservadora —con excepción del gobierno de inspiración kemalista

¹ Fred Halliday, “Revolution in Afghanistan”, *New Left Review*, núm. 112, 1978, pp. 3-44.

del rey Amir Habibullah en la década de 1920—, así como por la persistencia de conflictos étnicos, religiosos y tribales, por el notorio autoritarismo de la cultura política local, por la debilidad de las fuerzas modernizadoras en un país mayoritariamente rural, y por el expresivo poder de convocatoria de los *mullah* o líderes espirituales musulmanes.

Cabe destacar que, en julio de 1973, el primer ministro Mohammad Daoud, con el apoyo del PPDA, derrocó al rey Mohammad Zahir Shah, instaurando un régimen republicano y prometiendo una serie de reformas económicas, políticas y sociales de gran relevancia para el país.

Conviene resaltar que el PPDA era el principal partido de tendencia nacional-reformista del país. Fundado a comienzos de la década de 1950 bajo la influencia del Partido Comunista de la India, el PPDA se convirtió en una de las principales organizaciones políticas de los sectores ilustrados de Kabul y de otras ciudades. Los principales dirigentes del PPDA eran Nur Mohammad Taraki y Babrak Karmal. Al interior del PPDA existían tres tendencias políticas más o menos claras: el Khalq, de tendencia populista (su mayor representante era Taraki); la Parcham, de tendencia más leninista y prosoviética (encabezada por Karmal), y la minoritaria facción Settami Melli, de tendencia maoísta y prochina (dirigido por Taher Badakhshi). Adicionalmente, vale tener presente que si bien el PPDA era un partido relativamente progresista, también adolecía de importantes limitaciones que se hicieron visibles después de la Revolución de Abril de 1978. Entre estas últimas se incluían las persistentes divergencias internas entre las dos facciones más importantes, Khalq y Parcham, el carácter esencialmente urbano del PPDA en un país donde alrededor del 90% de la población habitaba en las áreas rurales, las precarias condiciones para construir un verdadero Estado-nacional con posibilidades reales para lograr un desarrollo económico y sociopolítico autosustentado, y la hostilidad de importantes vecinos con espurias aspiraciones hegemónicas regionales, tales como Paquistán, la URSS, China, Irán, Arabia Saudita y Estados Unidos.²

² Fred Halliday, "The war and revolution in Afghanistan", *New Left Review*, núm. 119, 1980, pp. 20-41.

En el plano económico, hacia fines de la década de 1970, Afganistán continuaba siendo una sociedad en transición hacia el capitalismo. La estructura económica demostraba que el país era esencialmente agrícola —incluyendo un expresivo sector de economía nómada; la industria era bastante limitada; las actividades comerciales y de servicios se concentraban en las ciudades más importantes. En el ámbito del desarrollo social, Afganistán, como muchas otras naciones en desarrollo, adolecía de importantes rezagos, particularmente en lo que se refiere a los serios problemas de salud de su población, las limitadas oportunidades educacionales, la notoria inequidad en las relaciones de género (en perjuicio de las mujeres), los agudos problemas de empobrecimiento de expresivos segmentos de la población, el desempleo y subempleo, las tradicionales prácticas de tribalismo, el conservadurismo de los líderes religiosos islámicos o *mullah*, entre otras.³

Desde el punto de vista geopolítico, a partir del siglo XVIII Afganistán se erigió como un virtual Estado tapón entre sus poderosos vecinos: al norte el Imperio Ruso, al oeste el Imperio Persa, al este el Imperio Chino y al sur las posesiones del Imperio Británico en la India. Vale notar que desde el siglo XVIII, uno de los más importantes objetivos estratégicos de los gobernantes rusos, tanto zaristas como comunistas, era acceder a las cálidas aguas del Océano Índico, atravesando los territorios de Afganistán, Irán y Paquistán. En contraste, los ingleses —y más tarde los estadounidenses— trataron por diversos medios de impedir dicho avance estratégico ruso. Potencias regionales como Irán, Paquistán y China también demostraron espurias aspiraciones y presiones hegemónicas más o menos importantes en el país.⁴

³ Louis Dupree, "Afghanistan under the Khalq", *Problems of Communism*, XXVIII (4), 1979, pp. 34-50.

⁴ Vale resaltar que las relaciones entre Afganistán y Paquistán se caracterizaron por una persistente tensión debido a disputas territoriales y a la presencia de importantes colonias de pashtunes y baluques en territorio paquistaní. Nótese que líderes de la etnia pashtún residentes en ambos lados de la frontera, frecuentemente reivindicaron la unificación nacional y la creación del Gran Pashtunistán. En varios momentos las tensiones afgano-paquistaníes provocaron el cierre de la frontera común, amenazas de guerra y una semialianza estratégica entre Kabul y Nueva Delhi, con clara finalidad antipaquistaní.

En cuanto a los asuntos políticos, parece importante resaltar que la alianza Daoud-PPDA posterior a 1973, fue de corta duración. A partir de 1975, el gobierno de Daoud se inclinó hacia la derecha, mientras el PPDA se alejó del gobierno y comenzó a explorar la posibilidad de intentar un golpe de Estado, con el apoyo de ciertos sectores progresistas del ejército.

La lucha por el poder culminó el 27 de abril de 1978, con el sangriento derrocamiento del gobierno de Daoud y la imposición de un gobierno revolucionario dirigido colectivamente por representantes de las facciones Khalq y Parcham del PPDA, siendo Nur Mohammad Taraki nombrado presidente, primer ministro y secretario general del PPDA.

El nuevo gobierno modificó el nombre del país por el de República Democrática de Afganistán. Asimismo, se alistó para lanzar un ambicioso programa de reformas económicas y sociopolíticas entre las que destacó la reforma agraria, el fortalecimiento del Estado y la promoción de los derechos de las mujeres, religiones y minorías étnicas.

Entretanto, en lo que se refiere a la política exterior y asuntos internacionales, Kabul se inclinó hacia Moscú. En diciembre de 1978, ambos países firmaron un tratado de amistad y cooperación que incluyó la intensificación de la cooperación técnica mediante el incremento en el número de asesores civiles y militares, el fortalecimiento de las relaciones entre el PPDA y el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), el establecimiento de cooperación militar destinada a crear un sistema colectivo de seguridad —prosoviético— en Asia central, la ampliación de las relaciones comerciales y financieras, etc. Adicionalmente, vale notar que el gobierno de Nur Mohammad Taraki fue reconocido por Estados Unidos y otros países occidentales.

Sorprendentemente, las ya serias limitaciones de la élite revolucionaria afgana fueron agravadas por las persistentes divergencias internas entre las dos principales facciones del PPDA, Khalq y Parcham, e incluso al interior de la propia facción Khalq. El resultado de tales divergencias fue el surgimiento de expresivos problemas de inestabilidad política que se expresaron o fueron agudizados por las acciones desestabilizadoras y contrarrevolucionarias de los diferentes adversarios del régimen

—incluyendo las emergentes fuerzas insurgentes dirigidas por los *mullabs* con apoyo de Paquistán, Irán y China. Todo ello articulado con el creciente intervencionismo soviético y de otras potencias regionales con aspiraciones hegemónicas en el país.⁵

El 14 de septiembre de 1979, Taraki renunció por razones de salud —en realidad pudo haber sido envenenado. Fue sustituido por Hafizullah Amin, militante de la facción Khalq del PPDA. Al parecer el nuevo gobierno no fue bien recibido en Moscú. En consecuencia, el 26 de diciembre del mismo año, el propio Amin fue derrocado por una facción prosoviética del ejército afgano y sustituido por Babrak Karmal —este último líder de la facción Parcham del PPDA y, en aquellos momentos, embajador afgano en Praga. Finalmente, el 27 de diciembre de 1979, miles de soldados soviéticos cruzaron la frontera común dando inicio a la ocupación militar del país y, desde la perspectiva de Occidente, también a la segunda Guerra Fría.⁶

Conviene tener presente que la noción de segunda Guerra Fría alude a la compleja articulación de ambientes, interpretaciones teóricas y políticas de Estado que provocaron —o fueron consecuencia de— la notoria intensificación de tensiones, competencia y conflicto globalizado en las relaciones internacionales entre diciembre de 1979 y noviembre de 1989. Dicho proceso de rebipolarización de la política internacional no fue uniforme ni unidireccional. En realidad es posible y pertinente identificar al menos dos subperiodos, uno de bipolaridad rígida (1979-1985) y otro de bipolaridad flexible (1985-1989).

Los orígenes de la segunda Guerra Fría son variados e incluyen: 1) la declinación del poder económico, político y militar de Estados Unidos como consecuencia de la derrota militar en la segunda Guerra de Indochina y la crisis de gobernabilidad provocada —o agravada— por el escándalo de Watergate; 2) el sostenido incremento de la capacidad estratégica y política de los soviéticos; 3) la sorprendente semialianza entre Washington y Beijing con clara finalidad antisoviética (y con importantes repercusiones en el caso de la Guerra de Afganistán); 4) la grave crisis financiera mundial provocada por las crisis petro-

⁵ Zalmay Khalilzad, "Soviet-Occupied Afghanistan", *Problems of Communism*, XXIX(6), 1980, pp. 23-40.

⁶ Fred Halliday, *The Making of the Second Cold War*, Londres, Verso, 1986.

leras de 1973 y 1979 y el estancamiento económico en varios países industrializados; 5) el fortalecimiento del bloque de países no-alineados y “tercermundistas” (particularmente de los miembros de la OPEP); 6) el debilitamiento de la disciplina intrabloques, creando graves disputas entre países aliados; 7) el aparente éxito de la llamada tercera ola revolucionaria en el Tercer Mundo (incluyendo el caso de la Revolución de Abril de 1978 en Afganistán), y 8) el ascenso del neoconservadurismo en Estados Unidos y otros países occidentales.

El caso afgano es particularmente importante en el contexto de la segunda Guerra Fría dado que, desde la perspectiva de Washington, la causa inmediata que desembocaría en el nuevo periodo de confrontación y competencia entre las superpotencias y sus respectivos bloques y alianzas estratégicas fue, justamente, la intervención soviética en Afganistán.⁷ En términos más amplios, Washington también cuestionaba la creciente influencia e intervencionismo soviético en el Tercer Mundo.

Tanto para el gobierno del presidente Jimmy Carter (1977-1981) como para la emergente e influyente comunidad de políticos e ideólogos —principalmente estadounidenses— inspirados en el neoconservadurismo, las revoluciones en el Tercer Mundo eran promovidas ideológicamente y apoyadas, financiadas y armadas directamente por Moscú, lo que no necesariamente era cierto. No obstante, los políticos e intelectuales conservadores plantearon que los soviéticos —con su intervención militar directa en Afganistán— habían violado el acuerdo tácito de la Distensión (o Détente).⁸ Por lo tanto habría que prepararse para hacer frente a esta nueva fase de “expansionismo” soviético desde la perspectiva Este-Oeste. En ese sentido, la intervención soviética en Afganistán fue, desde la perspectiva Occidental, el golpe de gracia a la Détente y el detonante directo de la segunda Guerra Fría.⁹

⁷ La alarma en Occidente surgió debido a que, por primera vez desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, los soviéticos hicieron uso de sus fuerzas de combate más allá de las fronteras del Pacto de Varsovia.

⁸ Desde la perspectiva de Washington, el acuerdo tácito de la Distensión (o Détente) incluía la aceptación de la paridad nuclear entre las superpotencias, a cambio de la estabilidad y de desincentivar las actividades revolucionarias o prosoviéticas en el Tercer Mundo.

⁹ Desde la perspectiva soviética la tensión internacional que culminó con el “nue-

La costosa y sangrienta Guerra de Afganistán (1979-1989)¹⁰ fue, en el contexto de la segunda Guerra Fría, extremadamente importante, especialmente porque terminaría siendo entre los ex rebeldes antisoviéticos —los *mujaheddin*— de la etnia pashtún de donde surgiría, en 1994, la milicia fundamentalista islámica Talibán.¹¹

A mediados de la década de 1980, los principales grupos insurgentes antisoviéticos eran de inspiración islámica. Tales guerrillas contaban con apoyo del exterior, particularmente de Estados Unidos, Paquistán, China, Arabia Saudita, Egipto e Irán. Entre tales grupos de resistencia sobresalían: *a)* Jamiat-i-Islami, comandado por Burhanuddin Rabbani —eventualmente, Rabbani se convirtió en jefe de Estado de Afganistán entre 1992 y 1996—; *b)* Hezb-e-Islami, dirigido por el comandante Gulbuddin Hekmatyar; *c)* Hezb-e-Islami Afganistán, encabezado por el comandante Yunus Khalis; *d)* la Alianza Islámica para la Liberación de Afganistán, liderada por el comandante Abdul Rasool Sayyaf; *e)* Mahez-e Milli-ye Islami, del comandante Ahmad Galiani; *f)* Jabh-e Najat-e Milli, dirigido por el comandante Siabghatullah Mojadeddi, y *g)* Haraket-e-Ingelab-ye-Islami, del comandante Mohammad Nabi. Éstos y otros grupos islámicos antisoviéticos crearon, en mayo de 1985, en la ciudad paquistaní de Peshawar, la Unidad Islámica de Mujaheddin Afganos.¹²

vo” periodo de Guerra Fría partió de la decisión de los miembros de la OTAN de incrementar los presupuestos de defensa e instalar nuevos misiles de alcance intermedio (Pershing II y Tomahawk) en Europa occidental —ambas decisiones tomadas a mediados de diciembre de 1979, es decir, algunos días antes de la intervención soviética en Afganistán. En lo que respecta a Afganistán, los soviéticos argumentaron que la intervención del 27 de diciembre de 1979 fue producto de una petición urgente de Kabul con la finalidad de sostener un gobierno aliado amenazado por los conservadores movimientos contrarrevolucionarios de *mujaheddin*, apoyados financieramente por China, Paquistán, Arabia Saudita e Irán.

¹⁰ La Guerra de Afganistán se caracterizó por haber sido un conflicto extremadamente complejo en el que se articulaban factores étnicos propiamente afganos, aspiraciones hegemónicas regionales y presiones hegemónicas globales.

¹¹ Zalmay Khalilzad, “Moscow’s afghan war”, *Problems of Communism*, XXXV (1), 1986, pp. 1-20.

¹² Los intentos por articular los distintos grupos insurgentes antisoviéticos se demostraron bastante contradictorios a lo largo de toda la guerra debido al personalismo que imperaba en cada uno de los grupos rebeldes afganos, a la naturaleza del futuro gobierno POSPPDA —incluyendo la posible imposición de un orden sociopolítico islámico y la posible participación del ex rey Mohammad Zahir Shah— y a las

La persistente resistencia de los *mujaheddin* afganos a la ocupación militar soviética fue una de las más importantes razones que justificó la decisión de retirar las tropas soviéticas del país antes de febrero de 1989 —compromiso diplomático formalizado con el acuerdo de Ginebra de 1988. Efectivamente, hacia febrero de 1989, todas las tropas soviéticas se retiraron de Afganistán, acontecimiento que fue sumamente importante en el paulatino relajamiento de tensiones entre las superpotencias que caracterizó a la fase de bipolaridad flexible de la segunda Guerra Fría. Aun así, el régimen revolucionario afgano sobrevivió a los embates de los *mujaheddin* hasta abril de 1992.

El primer gobierno posrevolucionario fue asumido por el “comandante” Burhanuddin Rabbani. Nótese que el gobierno de Rabbani (1992-1996) no logró imponer la pacificación del país, dada la compleja e inestable alianza de comandantes *mujaheddin*, jefes tribales tradicionales y *mullabs*. A ello debe agregarse el choque de las espurias aspiraciones y presiones hegemónicas de potencias regionales —particularmente de Paquistán e Irán.

Por éstas y otras razones el derrocamiento del régimen revolucionario prosoviético del PPDA no abrió el camino hacia una paz justa, equitativa y duradera —tan necesaria para iniciar el proceso de reconstrucción del país. El breve interludio de paz desembocó en una nueva guerra civil, caracterizada por su fuerte contenido interétnico. En esta nueva fase de hostilidades se enfrentaron los virtuales señores de la guerra o caudillos de las diferentes etnias, religiones y tribus de Afganistán, cada uno de ellos apoyados por sus respectivos aliados domésticos y externos. Conviene insistir en que fue en medio de ese complejo contexto económico, sociopolítico y estratégico en que surgió, en 1994, la milicia fundamentalista Talibán.

preferencias de cada grupo en lo que respecta a la política externa y a las tendencias geopolíticas en Asia central. Tal fraccionalismo, tribalismo y divisionismo de la resistencia islámica afgana provocó importantes consecuencias políticas y estratégicas en el contexto de la guerra. Por un lado, la coordinación militar entre los diferentes grupos de *mujaheddin* era sufrible y compleja; por el otro, la descentralización de las fuerzas insurgentes dificultó seriamente la estrategia militar soviética y de sus aliados.

El régimen Talibán: origen y evolución

En febrero de 1985, en su mensaje al Congreso de Estados Unidos sobre la situación de la Unión Americana, el presidente Ronald Reagan (1981-1989) expresó: “No debemos perder la fe en aquellos que están arriesgando sus vidas —en cada continente, de Afganistán a Nicaragua— desafiando la agresión soviética y afianzando derechos que han sido nuestros desde el nacimiento. Respaldo a los combatientes de la libertad es autodefensa”.¹⁵ Dicho mensaje supuso la oficialización de la llamada Doctrina Reagan, cuyo propósito central era “contener” y “revertir” aquello que la Casa Blanca consideraba ilegítimos avances soviéticos en el Tercer Mundo —incluyendo la intervención militar soviética en Afganistán. En términos prácticos, la Doctrina Reagan implicó el apoyo estadounidense más o menos encubierto a los *freedom fighters* de Afganistán (*mujaheddin*), Nicaragua (Contras), Angola (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola, UNITA), Mozambique (Resistencia Nacional de Mozambique, Renamo), Camboya (alianza insurgente dirigida por el Khmer Rojo), entre otros.

A pesar de la intensa ofensiva ideológica de Washington en el contexto de la segunda Guerra Fría, ahora sabemos que los *mujaheddin* afganos en modo alguno eran “combatientes de la libertad”, como afirmaba el presidente Reagan. En realidad, los *mujaheddin* afganos eran combatientes de organizaciones político-militares inspirados en el fundamentalismo islámico. Su propósito común, además de expulsar a los soviéticos, era imponer un autoritario régimen islámico —una teocracia— en Afganistán. De hecho, el término *mujaheddin* no significa “combatiente de la libertad” sino “guerrero santo”, lo que obviamente supone una connotación elocuente de su naturaleza y propósito. En tal sentido, Carpenter tenía razón al advertir que:

Es enteramente apropiado que el gobierno de los Estados Unidos condene la actual ocupación y el genocidio soviético, respalde el derecho del pueblo afgano a la autodeterminación nacional, y procure todas las al-

¹⁵ Ted Galen Carpenter, “U. S. aid to anti-communist rebels: the ‘Reagan Doctrine’ and its pitfalls”, *Policy Analysis*, núm. 74, 1986; en internet: [www.cato.org/pubs/pas/pa074.html]. Consultado el 5 de mayo de 2007.

ternativas posibles para lograr la retirada de las tropas soviéticas. Pero aquellos que apoyan a los *mujabeddin*, tanto dentro como fuera del gobierno de los Estados Unidos, no deben entretenerse con ilusiones. Una victoria rebelde [lo que terminó ocurriendo en 1992] con toda seguridad no supondrá la introducción de un sistema económico capitalista o un sistema político basado en el respeto a los derechos individuales. Aun si los “moderados” triunfan, lo más probable será la imposición de un conservador Estado islámico similar a la Arabia Saudita o Paquistán. [En cambio] si los fundamentalistas emergen dominantes en un gobierno posguerra —una posibilidad real, habida cuenta que el fanático grupo Hezbe-Islami [dirigido por el “comandante” Gulbuddin Hekmatyar] es la facción individual más poderosa— impondrán una estricta teocracia islámica. Debería haber considerable reluctancia de sostener a los *mujabeddin* con influencia y los impuestos [del pueblo] de los Estados Unidos cuando existe un significativo riesgo de crear una dictadura de inspiración iraní en Afganistán.¹⁴

Fue en el seno de antiguos *mujabeddin* que nació, a mediados de 1994, la milicia fundamentalista Talibán. Estos antiguos guerreros islámicos antisoviéticos asumieron la tarea de imponer en su país un estricto orden islámico. Se trataba de una virtual teocracia islámica fundamentada en el código legal musulmán, también conocido como *sharī‘ah*. Lo que fue consumado a partir de la conquista de Kabul, en septiembre de 1996.

La milicia fundamentalista Talibán surgió en las escuelas religiosas islámicas —o *madrassas*— instaladas en los campos de refugiados afganos en Paquistán. Tales instituciones gozaban del vigoroso apoyo de la comunidad paquistaní de información y seguridad, así como del ala radical del Partido Jama’at-i-Islami. Las escuelas religiosas también tenían el respaldo tácito de la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos (CIA). Asimismo, su principal líder es (o fue) el *mullah* Mohammed Omar Akhundque.

Aún es tema de debate entre los especialistas en asuntos afganos la definición de las principales influencias sociopolíticas del talibanismo —entendido como ideología y como práctica política. En términos generales existen al menos tres grandes opiniones sobre las influencias determinantes del talibanismo.

¹⁴ *Ibid.*

La primera sugiere que el mismo sería la ideología “nacionalista” de una facción radical de la etnia pashtún. Conviene recordar que dicho grupo étnico es el más numeroso del país y tradicionalmente ha sido dominante en el Estado afgano. Sin embargo, después del derrocamiento del régimen del PPDA en 1992, los pashtunes fueron debilitados en beneficio de las etnias del norte del país —tayikos, uzbekos— como consecuencia del triunfo de estas últimas en la guerra antisoviética. Otros investigadores sugieren que el talibanismo sería una de las consecuencias del resurgimiento y de las tendencias expansivas de la religión islámica militante. Una tercera opinión concentra la atención en los aspectos religiosos del conflicto al sugerir que el talibanismo sería una ideología sociopolítica propia de la facción sunnita del Islam, en el contexto de las divergencias entre tal facción y el shiismo. Ello ayudaría a explicar el respaldo de parte del régimen wahhabita, imperante en Arabia Saudita, y de los sunnitas de Paquistán a la milicia fundamentalista Talibán en su lucha contra las milicias afganas (pero shiitas) de los hazaras y tayikos —que a su vez han sido históricamente apoyadas por el régimen shiita dominante en Irán. Al final, es posible que el talibanismo encierre elementos de las tres opiniones sostenidas por los especialistas.

En todo caso, las expresivas victorias militares de la milicia fundamentalista Talibán cristalizaron con las expresivas conquistas de Kabul, en septiembre de 1996, y de la ciudad de Taloqan, en septiembre de 2000. Los principales adversarios del Talibán eran las fuerzas de la llamada Alianza del Norte o Frente Unido —comandadas por los tayikos Burhanuddin Rabbani y Ahmad Shah Masood, y el general uzbeko Abdul Rashid Dostum.

A comienzos de 2001, el régimen Talibán dominaba alrededor de 90% del territorio afgano —incluyendo la mayoría de las ciudades y las fronteras del país. Siguiendo sus rígidos preceptos político-religiosos, los nuevos gobernantes del país impusieron una virtual teocracia islámica en los territorios bajo su control. Aun así, o como consecuencia de lo anterior, el gobierno comandado por el *mullah* Mohammed Omar Akhundque fue reconocido por un limitado número de países —Paquistán, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos. El régimen Ta-

libán también fue sometido a una serie de sanciones económicas y políticas impuestas por el Consejo de Seguridad de la ONU.¹⁵ Se cuestionaba internacionalmente al régimen Talibán debido a las polémicas relaciones de sus líderes con el tráfico internacional de drogas (particularmente opio y heroína), a los persistentes abusos contra los derechos humanos (particularmente contra las mujeres) y, especialmente, a sus estrechas e inquietantes relaciones con el millonario saudita Osama bin Laden y su organización Al-Qaeda.

La relación Talibán-Osama bin Laden ha sido extremadamente perturbadora. Osama nació en Arabia Saudita en el seno de una familia muy poderosa. Durante la guerra contra la ocupación soviética se unió voluntariamente a los *mujaheddin* afganos. En 1988, Osama fundó la organización Al-Qaeda —que significa “la base”. Dicha organización estaba integrada por militantes radicales islámicos de varios países —incluyendo afganos, paquistaníes, egipcios, sauditas, filipinos y chechenos. Su propósito fundamental era (o es) continuar la lucha contra lo que Osama bin Laden y la milicia fundamentalista Talibán consideraban una irritante e injustificada presencia de infieles y de no musulmanes en Asia central y el Golfo Pérsico.

En mayo de 1996, Osama bin Laden, que en 1990 había viajado a Sudán, regresó a Afganistán dispuesto a respaldar ideológica y financieramente al régimen Talibán. Al mismo tiempo, Al-Qaeda inició una campaña de terrorismo internacional —especialmente antiestadounidense— cuyos objetivos principales eran, aparentemente: *a)* expulsar a las tropas que Washington había decidido mantener en Arabia Saudita y Kuwait después de la primera Guerra del Golfo (1990-1991); *b)* ofrecer apoyo efectivo a grupos radicales islámicos en sus respectivas luchas contra gobiernos no islámicos, especialmente en los casos de Chechenia, Uzbekistán, Tayikistán, Cachemira y Filipinas, y *c)* oponerse militarmente a la ocupación de los territorios palestinos por parte de Israel.

¹⁵ El 15 de octubre de 1999, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó la ejecución de sanciones económicas y políticas al régimen Talibán. Las sanciones incluían el “congelamiento” de la representación afgana en la organización y la restricción al tráfico aéreo desde o hacia Afganistán. Tales sanciones deberían ser vigentes hasta que Kabul suspendiese sus vínculos con Osama bin Laden.

En tal sentido, los militantes de Al-Qaeda cometieron, a partir de 1998, una serie de acciones —dichas— terroristas, entre las que destacaron: *a)* los ataques a las embajadas estadounidenses en Nairobi (Kenia) y Dar es Salaam (Tanzania), en agosto de 1998; *b)* el atentado contra el presidente uzbeko Islam Karimov, en febrero de 1999; *c)* el secuestro de un avión indio conducido a la ciudad de Kandahar —uno de los centros espirituales más importantes de la milicia Talibán—, en diciembre de 1999, y *d)* los ataques a las fuerzas de seguridad del Estado en Chechenia, Kazajstán, Cachemira, Kirguistán, entre otros.

A comienzos de septiembre de 2001 —pocos días antes de los dramáticos ataques terroristas contra Washington y Nueva York—, el conflicto interno afgano entre fuerzas de la milicia fundamentalista Talibán y las debilitadas fuerzas de la Alianza del Norte o Frente Unido parecía dirigirse hacia una victoria total y definitiva de los primeros. Aun así, e incluso para comprender de manera integral el origen y la evolución del complejo conflicto afgano, debe tomarse en cuenta no sólo la dimensión interna del mismo sino también su dimensión internacional, dado que prácticamente todas las fuerzas presentes en el conflicto reflejaban simultáneamente —a través del apoyo militar, financiero y diplomático a los respectivos aliados y clientes— el choque de las espurias aspiraciones hegemónicas de las potencias con vínculos e intereses en la región, especialmente de Paquistán, Irán, Rusia, la India, China, Uzbekistán, Arabia Saudita, Turquía, Estados Unidos, Tayikistán, entre otros.

Kabul bajo la hegemonía del Talibán: dimensión internacional

Peter Tomsen, en un conciso y convincente artículo publicado en el primer trimestre de 2001 sobre los condicionantes geopolíticos del conflicto Talibán-Alianza del Norte, constató que “el camino hacia un acuerdo político afgano debe proceder a través de la articulación de dos cambiantes círculos: un círculo interno de conflicto entre los [propios] afganos, junto a un

círculo externo de naciones que maniobran por influencia contra los otros dentro de Afganistán”.¹⁶

En otras palabras, la dimensión internacional del conflicto imperante en Afganistán —y en Asia central, en general— era (y aún lo es) el resultado del choque de las aspiraciones y presiones hegemónicas de las potencias regionales. Como señala Tomsen, “los poderes externos usan las facciones afganas como sustitutos para servir a sus propios objetivos en competencia en la región”.¹⁷

Ciertamente, las potencias regionales que más intervinieron en el conflicto Talibán-Alianza del Norte (1994-2001) fueron: Paquistán, Irán, Rusia, la India, Uzbekistán, Tayikistán, China, Estados Unidos, Arabia Saudita y Turkmenistán. Se pueden agregar a esta lista otros estados, tales como Turquía, Armenia, Israel, Bielorrusia, Reino Unido, Emiratos Árabes Unidos, Egipto, entre otros.

En términos operativos, la dinámica de la dimensión internacional del conflicto afgano se divide en un *antes* y un *después* de los ataques terroristas a Nueva York y Washington. Antes del 11 de septiembre, el alineamiento estratégico en Asia central frente al conflicto interno afgano reflejaba, por un lado, un apoyo abierto, extenso y efectivo de Paquistán y en menor medida de Turkmenistán al régimen Talibán, por razones que son analizadas más adelante. Paralelamente, la Alianza del Norte (o Frente Unido) gozaba de la simpatía y el apoyo de los gobiernos de Irán, Rusia, la India, Uzbekistán y Tayikistán. Las otras potencias con aspiraciones hegemónicas regionales, incluyendo Estados Unidos, China, Arabia Saudita y Turquía, establecieron políticas de equidistancia más o menos efectivas frente a los actores en conflicto.

Sin embargo, después de los dramáticos acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, en los cuales aparentemente hubo una participación aún no totalmente aclarada de Osama bin Laden y de su organización Al-Qaeda, hubo un brusco y expresivo realineamiento estratégico que supuso, entre otros aspec-

¹⁶ Peter Tomsen, “Geopolitics of an afghan settlement”, *Perceptions/Journal of International Affairs*, V(4), 2001, pp. 86-105.

¹⁷ *Ibid.*

tos, un aislamiento internacional prácticamente total del régimen dirigido por el *mullah* Mohammad Omar Akhundque y, simultáneamente, un notorio fortalecimiento militar, político y diplomático de la Alianza del Norte —grupo rebelde antiTalibán que desde fines del año 2000 se encontraba prácticamente derrotado y relegado a regiones periféricas del norte y noreste del país, controlando apenas entre 5% y 10% del territorio y ninguna de las ciudades más importantes.

Naturalmente, cada una de aquellas potencias ha pretendido consolidar las respectivas aspiraciones hegemónicas sobre Afganistán —y en la región de Asia central en general. Ello ha provocando consecuencias geopolíticas de alcance regional y global —muchas de éstas vigentes en la actualidad. Para los fines del presente artículo conviene limitarse a analizar principalmente la evolución de las políticas de Paquistán, Irán, Rusia, la India y Estados Unidos frente al conflicto afgano.

Paquistán. Existe un consenso bastante amplio entre los observadores que han seguido atentamente la evolución del conflicto afgano sobre el expresivo, abierto y persistente apoyo de Islamabad a la milicia fundamentalista Talibán —especialmente a partir del 12 de octubre de 1999, cuando el actual mandatario, Pervez Musharraf, asumió el poder a través de un golpe de Estado. Diferentes especialistas coinciden en que las aspiraciones y presiones hegemónicas regionales de Islamabad en Asia central fueron una de las causas centrales que explicarían el surgimiento, auge, declinación y, probablemente, resurgimiento de la milicia fundamentalista Talibán.

En términos generales se argumenta que después de la retirada de las tropas soviéticas de Afganistán, así como de la sensible disminución del interés de Washington en el país y de la literal desintegración de la Unión Soviética, Paquistán quedó —junto con Irán— como la principal potencia regional actuante en los asuntos internos de Afganistán. Desde muy temprano, el gobierno de Paquistán —especialmente su comunidad de información y seguridad— y grupos radicales de inspiración islámica se asignaron la tarea de reclutar militantes en los campos de refugiados afganos (muchos de ellos *ex mujaheddin* de la etnia pash-tún), con el propósito de organizar una fuerza político-religiosa-

militar capaz de conquistar el poder en Afganistán e imponer un régimen *amigable* hacia las aspiraciones hegemónicas regionales de Islamabad. Como se dijo, fue en las escuelas religiosas islámicas (*madrassas*) de los campos de refugiados afganos en Paquistán, donde surgió, en 1994, la milicia fundamentalista Talibán. En tal sentido, el nexo Talibán-Paquistán fue, desde mediados de la década de 1990, bastante expresivo, persistente y perturbador.

Al apoyar al Talibán, Islamabad procuró alcanzar tres objetivos estratégicos básicos en Afganistán. En primer lugar, fortalecer las aspiraciones y presiones hegemónicas regionales de Paquistán en Asia central. En segundo lugar, la consolidación del régimen Talibán ofrecía a los militares de Paquistán —siempre preocupados con la histórica rivalidad con la India y en menor medida con Irán— la posibilidad de establecer una virtual “profundidad estratégica islámica” en territorio afgano. Al mismo tiempo, el nexo Talibán-Paquistán posibilitó la participación de combatientes internacionalistas islámicos en operaciones militares más o menos encubiertas realizadas en Cachemira. Obsérvese que tales combatientes internacionalistas eran entrenados y abastecidos en territorio afgano por el servicio secreto de Paquistán, por la milicia fundamentalista islámica y por la organización Al-Qaeda.¹⁸

En tercer lugar, pero no menos importante, la opción estratégica por respaldar sistemáticamente a la milicia fundamentalista islámica —que era dominada por líderes espirituales de la etnia pashtún— también podría explicarse por el deseo de Islamabad de mantener deliberadamente “congelada” u “olvidada” la compleja y espinosa reivindicación de los grupos nacionalistas afganos en torno de la revisión de la frontera común —ha de recordarse que dicha frontera fue definida sobre la base de la llamada línea Durand, pero nunca reconocida totalmente por Kabul. Esto último provocó reiterados incidentes bilaterales, incluyendo la famosa reivindicación del Gran Pashtunistán, que sería el hogar común de los pashtunes tanto afganos como paquistaníes.

¹⁸ Sreedhar, “Taliban’s Afghanistan: Looking into the future/An indian perspective”, *Perceptions/Journal of International Affairs*, V(4), 2001, pp. 27-41.

Hacia mediados de 2001, el Proyecto afgano de los militares paquistaníes¹⁹ parecía evolucionar favorablemente, en la medida que el nexo Kabul-Islamabad era (o parecía) consistente. Además, la milicia fundamentalista Talibán estaba a punto de alcanzar la victoria militar total sobre las debilitadas fuerzas de la Alianza del Norte. Sin embargo, después del 11 de septiembre de 2001, el Proyecto afgano de los militares paquistaníes condujo a una situación contradictoria e inquietante que perdura incluso en la actualidad.

En el plano doméstico, el incentivo al Talibán y al talibanismo provocó importantes consecuencias sociopolíticas en Paquistán, particularmente en lo que respecta al crecimiento de las organizaciones inspiradas en el fundamentalismo islámico y al quiebre de la incipiente alternativa democrática después del golpe de Estado realizado el 12 de octubre de 1999. En el plano externo, el nexo Talibán-Bin Laden, junto a la posición geográfica de Paquistán con relación a Afganistán, derivó en expresivas presiones de Washington sobre Islamabad no sólo para cortar los vínculos con Kabul, sino también para autorizar el uso de su espacio aéreo y algunas instalaciones terrestres y marítimas para ser utilizadas en las operaciones militares enmarcadas en el consenso estratégico anti-Talibán. Obviamente, la posición de Paquistán era sumamente incómoda. Al final, y presionado por una serie de incentivos y amenazas, el régimen del general Musharraf terminó cediendo a las demandas de Washington y abandonando a su suerte a sus ex aliados afganos.

Irán. El régimen imperante en Teherán desde el triunfo de la Revolución islámica en 1979 ha apoyado sistemáticamente las reivindicaciones sociopolíticas y económicas de la etnia —shii-ta— hazara. Ello se debe a las afinidades culturales y religiosas. El gobierno de Teherán también apoyó los esfuerzos anti-Tali-

¹⁹ De acuerdo con Peter Tomsen, antes del 11 de septiembre de 2001, el Proyecto afgano del gobierno paquistaní —o más exactamente de su comunidad de información, encabezada por el *Inter-Service Intelligence Agency* (ISI)— incluía la coordinación de las actividades domésticas e internacionales de: a) la milicia fundamentalista Talibán; b) Osama bin Laden y su organización “terrorista” Al-Qaeda; c) partidos radicales islámicos de Paquistán (especialmente el *Jamiat-ul Islami*, JUI); d) *madrassas* (escuelas religiosas islámicas); entre otros. Tomsen, *op. cit.*, p. 86.

bán de las fuerzas de la Alianza del Norte (o Frente Unido), dirigida por los comandantes Ahmad Shah Masood y Abdul Rashid Dostum.

La oposición de Teherán frente al régimen Talibán se debería, por un lado, a divergencias geopolíticas, dado que la milicia fundamentalista afgana habría resistido las aspiraciones y presiones hegemónicas iraníes en Afganistán y en Asia central en general, además de respaldar la lucha de grupos rebeldes antishiitas o antiTeherán, tales como: Ahl-e-Sunnah Wal Jammāt y Mujaheddin-e Khalq. Y por el otro, a divergencias de cuño religioso, relacionadas con la tradicional disputa entre musulmanes de las facciones shiita y sunnita. También debe tenerse en cuenta el agudo problema que representa la presencia de un millón de refugiados afganos en Irán —los cuales comenzaron a llegar a Irán a partir del triunfo de la Revolución de Abril de 1978. Paralelamente, Irán rechazó el Proyecto afgano de los militares de Paquistán, dado que un Kabul pro Paquistán debilitaba las reivindicaciones hegemónicas iraníes, así como la seguridad de sus aliados, especialmente de las organizaciones políticas y militares de la etnia hazara.

Consecuentemente, tanto antes como después de los dramáticos acontecimientos del 11 de septiembre, el gobierno de Irán respaldó política, financiera y militarmente las reivindicaciones de los líderes políticos hazaras y de otras fuerzas opositoras al régimen Talibán y al intervencionismo de Paquistán. Conviene agregar que, en coordinación con Rusia y la India, Teherán ha expresado simpatía por la creación de un gobierno afgano post-Talibán, fundamentado sobre la base del reconocimiento del carácter multiétnico y pluricultural de dicho país. Aun así, vale resaltar que Irán no se sumó a la campaña militar estadounidense en contra del régimen Talibán y de Osama bin Laden debido, entre otras razones, a las persistentes divergencias bilaterales entre Teherán y Washington.

Rusia. La derrota militar soviética en la lucha contra los *mujaheddin* afganos y el posterior desmembramiento de la Unión Soviética (en diciembre de 1991) no han quebrado las antiguas aspiraciones hegemónicas de Moscú en Asia central. Por el contrario, los gobiernos de Boris Yeltsin y Vladimir Putin han

expresado persistentemente el propósito de reconstruir el dominio económico, político y estratégico de Moscú sobre las ex repúblicas soviéticas de Asia central (Uzbekistán, Tayikistán, Turkmenistán, Kirguistán, Kazajistán) y en Afganistán. Al mismo tiempo, Moscú pretende contrarrestar las aspiraciones y presiones hegemónicas regionales de Paquistán, Turquía, Irán, China y Estados Unidos. Paralelamente, las autoridades rusas procuran debilitar el apoyo externo de gobiernos y organizaciones de inspiración islámica a los rebeldes que continúan luchando contra la presencia de Moscú y sus aliados en Chechenia y otras regiones del Cáucaso.

En tal sentido, desde antes del 11 de septiembre de 2001, Moscú ha utilizado el argumento del supuesto “peligro islámico” en Asia central, representado emblemáticamente por el régimen Talibán para tratar de recuperar la influencia sobre los gobiernos de las ex repúblicas soviéticas —con mayor éxito en Tayikistán que en Uzbekistán y Turkmenistán. Al mismo tiempo, y paradójicamente, en su lucha contra el régimen Talibán se optó por respaldar a las fuerzas de la Alianza del Norte —quienes durante la década de 1980 resistieron exitosamente a la ocupación soviética.

Después del 11 de septiembre, el gobierno ruso se sumó, rápidamente, al consenso estratégico regional dirigido por Estados Unidos contra el nexo Talibán-Bin Laden-Paquistán. De ese modo, el Kremlin habría logrado, como mínimo, debilitar seriamente el apoyo externo a los *mujaheddin* chechenos, legitimar su propia lucha antiterrorista, promover un gobierno más amigable hacia las aspiraciones hegemónicas rusas en Afganistán, fortalecer la influencia de Moscú en las ex repúblicas soviéticas de Asia central, mejorar las relaciones globales con Estados Unidos y otras potencias de Occidente, debilitar la influencia de Islamabad en Asia central y, especialmente, “contener” momentáneamente el llamado “peligro islámico” en la sensible, extensa y estratégica región ubicada en su frontera sur.

La India. La potencia regional más importante en el sur de Asia expresó persistentemente su oposición al régimen Talibán. Tal oposición se justificaba por múltiples razones, principalmente por la estrecha relación de la milicia fundamentalista afgana

con Paquistán —un tradicional adversario de Nueva Delhi— y con la organización terrorista Al-Qaeda comandada por Bin Laden —acusada por Nueva Delhi de mantener estrechos vínculos con los insurgentes islámicos de Cachemira.

Al mismo tiempo, conviene agregar que desde comienzos de los años cincuenta y hasta fines de los setenta, la India y Afganistán habían creado una virtual alianza estratégica con clara finalidad antipaquistaní. Dichos vínculos políticos y estratégicos entre Nueva Delhi y Kabul se debilitaron durante la ocupación soviética de Afganistán y el posterior fortalecimiento de organizaciones inspiradas en el fundamentalismo islámico. Conviene agregar que muchas de tales organizaciones islámicas son antioccidentales y antisemitas, pero también antihindúas. En realidad, como se apuntó arriba, la ruptura del histórico nexo Kabul-Nueva Delhi era uno de los más importantes objetivos estratégicos del Proyecto afgano de los militares paquistaníes.

Así las cosas, no parece tan extraño verificar que Nueva Delhi apoyó sistemáticamente a las fuerzas de la Alianza del Norte en su triple lucha contra el régimen Talibán, contra las aspiraciones hegemónicas de Paquistán y contra las perturbadoras actividades de Al-Qaeda. En contrapartida, hasta poco antes de los ataques terroristas a Nueva York y Washington, la articulación Talibán-Bin Laden-Paquistán respaldaba política, militar y diplomáticamente la lucha de los insurgentes islámicos en Cachemira —una conflictiva región que muchos especialistas consideran como una virtual *Chechenia* de la India— a favor de la separación de dicho territorio de la soberanía de la India y la creación de un nuevo Estado islámico favorable a las aspiraciones hegemónicas de Islamabad en Asia central —e incluso la integración del territorio de Cachemira a Paquistán.

Desde la perspectiva de la India, un futuro gobierno afgano posTalibán sería mucho más amigable a Nueva Delhi. Paralelamente, y como en el caso ruso, no parece incorrecto sugerir que detrás del apoyo del gobierno del primer ministro Atal Behari Vajpayee (1998-2004) a la campaña militar comandada por Estados Unidos contra la milicia fundamentalista Talibán y la organización terrorista Al-Qaeda de Osama bin Laden existiesen consideraciones estratégicas de mediano y largo plazo. Entre estas últimas se puede mencionar, por ejemplo, el

debilitar el apoyo externo a los insurgentes islámicos de Cachemira, la reconstrucción del nexo Nueva Delhi-Kabul, el fortalecimiento de la influencia de la India en Asia central, el mejoramiento de las relaciones globales con Estados Unidos y otras potencias de Occidente, el debilitamiento de la influencia estratégica de Islamabad —su tradicional adversario— en Asia central y meridional y, especialmente, “contener” el llamado “peligro islámico” en el propio país.

Estados Unidos. Desde fines de la década de 1940 y en el marco del proceso de descolonización del mundo afroasiático, Estados Unidos sustituyó al Reino Unido como principal potencia occidental en Asia central —asumiendo, incluso, la responsabilidad estratégica de “contener” las aspiraciones hegemónicas soviéticas en la región. En el contexto general de la Guerra Fría, Washington respaldó la lucha de los *mujaheddin* afganos contra la ocupación militar soviética.

Recuérdese que fue entre los sectores más radicales y militantes de las milicias islámicas antisoviéticas de donde surgió, en 1994, el Talibán y el talibanismo. Adicionalmente, parece importante recalcar que después de la retirada militar soviética de Afganistán dicho país perdió buena parte del expresivo interés que Washington le atribuyó en el contexto general de la segunda Guerra Fría. Después de la caída del Muro de Berlín, ambas superpotencias “se retiraron” de Asia central —en beneficio de las aspiraciones y presiones hegemónicas de potencias regionales, tales como Paquistán e Irán.

Algunos autores sugieren que inicialmente el surgimiento de la milicia fundamentalista Talibán fue recibido con cierta simpatía en algunos sectores del gobierno y de las empresas privadas de Estados Unidos —estas últimas interesadas en la explotación de los recursos energéticos (petróleo y gas natural) de las naciones de Asia central.²⁰

²⁰ Especialmente importante era el proyecto de la empresa estadounidense Unocal para construir la infraestructura que permitiese la exportación del gas natural de Turkmenistán hacia Paquistán, a través del territorio afgano. Desde esta perspectiva, la relativa simpatía del gobierno de Turkmenistán con el régimen de la milicia fundamentalista Talibán se explicaría, entre otras razones, por consideraciones económicas.

Sin embargo, el retorno de Bin Laden a Afganistán (en 1996) causó preocupación e irritación en Washington dada la radical retórica y algunas acciones armadas contra intereses estadounidenses en la región del Golfo Pérsico del ex aliado y de su organización Al-Qaeda. Las contradicciones entre Washington y el nexo Talibán-Bin Laden-Paquistán se agudizaron después del ataque terrorista a las embajadas estadounidenses en Kenia y Tanzania, en agosto de 1998. Tales acciones armadas provocaron un ataque militar estadounidense contra las bases de entrenamiento de Al-Qaeda en Afganistán a fines del mismo año, bien como la imposición de sanciones económicas y políticas al régimen Talibán por parte de la administración del presidente Bill Clinton.²¹

Poco antes de los ataques del 11 de septiembre, las relaciones —sin vínculos diplomáticos— entre Estados Unidos y Afganistán se caracterizaban por sus divergencias. Por un lado, Washington demandaba la entrega de Bin Laden, la desarticulación de la organización terrorista Al-Qaeda, un control más efectivo del narcotráfico y la suspensión del apoyo de Kabul a organizaciones fundamentalistas islámicas actuantes en otras naciones —especialmente en el Golfo Pérsico y Medio Oriente. Por el otro, el régimen afgano, seguramente con el aval de Bin Laden, exigía la retirada de las tropas estadounidenses de Arabia Saudita y Kuwait, el cese del incondicional apoyo de Washington a Tel Aviv y el reconocimiento internacional de su gobierno.

Aún no está totalmente claro cual fue la participación efectiva de Bin Laden, de su organización Al-Qaeda y de la milicia fundamentalista Talibán en los dramáticos ataques suicidas a Washington y Nueva York. Aun así, su presunta relación con los acontecimientos del 11 de septiembre condujo a una inmediata agudización de las tensiones latentes entre Washington y el régimen Talibán.

Pocas semanas después de los ataques, Washington logró organizar un amplio consenso estratégico antiterrorista —o más exactamente antiTalibán-Bin Laden. La finalidad de dicho con-

²¹ El 4 de julio de 1999, el presidente Clinton ordenó el bloqueo de las propiedades y la prohibición de transacciones comerciales y financieras con el Talibán, debido al abrigo que Kabul continuaba ofreciendo a Osama bin Laden y su organización Al-Qaeda.

senso incluía: capturar al líder de origen saudita y destruir la organización Al-Qaeda; derrumbar el régimen Talibán; promover el fortalecimiento de la unidad nacional y el sentimiento patriótico en torno del presidente George W. Bush; “contener” las tendencias expansionistas del fundamentalismo islámico en Asia central y Medio Oriente; oponerse a las aspiraciones hegemónicas de Paquistán y otras potencias regionales (Irán, Rusia, la India, China, Turquía, etc.); favorecer el surgimiento de un nuevo gobierno afgano más representativo, viable y relativamente favorable a los valores estadounidenses; reprimir con mayor rigor el tráfico de drogas ilícitas; entre otros.²²

República Popular China. La RPC es otro de los estados con significativos vínculos e intereses en Afganistán y en Asia central en general. Antes de los acontecimientos del 11 de septiembre, Beijing cuestionaba la atracción y los posibles contactos del nexo Talibán-Bin Laden-Paquistán con el separatismo musulmán de los uigures, kazakhos y turcos-orientales en la periférica y poco poblada provincia china de Xijiang. China ha pretendido “contener” el talibanismo y movimientos terroristas inspirados en el fundamentalismo islámico en Asia central aproximándose a Rusia, Kazajstán, Kirguistán, Tayikistán y Uzbekistán —junto con los cuales creó, en junio de 2001, la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS). Sin embargo, todo ello sin amenazar la histórica y estratégica alianza sino-paquistaní.

Después del 11 de septiembre de 2001, el gobierno chino expresó un discreto apoyo diplomático a la iniciativa militar comandada por Estados Unidos y a las fuerzas de la Alianza del Norte. En tal sentido, es posible que un futuro gobierno afgano sea más amigable a Beijing. De acuerdo con esa hipótesis, se reforzaría la propuesta estratégica de China orientada a reactivar la antigua Ruta de la Seda que comunicaba Europa occidental con la región Asia-Pacífico a través de Asia central.

Uzbekistán, Tayikistán y Turkmenistán. Las tres ex repúblicas soviéticas de Asia central y vecinas de Afganistán pusieron en

²² Diego Cordovez, “Afganistán: una deuda de la Guerra Fría”, en Mariano Aguirre y Mabel González Bustelo (coords.), *Tiempos difíciles/Guerra y poder en el escenario internacional*, Barcelona, Icaria, 2003, pp. 115-134.

práctica políticas externas divergentes en relación con el conflicto Talibán-Alianza del Norte. En términos generales, Uzbekistán y Tayikistán expresaron una persistente preocupación con el régimen Talibán, el talibanismo y Al-Qaeda. Desde mucho antes de los acontecimientos del 11 de septiembre, Uzbekistán y Tayikistán respaldaron decididamente a las facciones uzbeca y tayika que formaban parte de la Alianza del Norte —las cuales eran comandadas por los señores de la guerra Abdul Rashid Dostum (uzbeco) y Ahmad Shah Masood (tayiko). La ayuda a las fuerzas de la Alianza del Norte incluía transferencia de armas, apoyo político y acción diplomática. Después del 11 de septiembre, Tashkent y Dushanbe se sumaron al consenso estratégico antiTalibán-Bin Laden, encabezado por Estados Unidos.

En contraste, antes y después del 11 de septiembre, el gobierno de Turkmenistán estableció una política de neutralidad —hasta cierto punto favorable al Talibán— en el conflicto Talibán-Alianza del Norte. Posiblemente se buscaba facilitar el proceso de negociaciones bilaterales en torno de las eventuales exportaciones de gas natural y petróleo turkmeno desde la región del Mar Caspio hacia Paquistán y la India a través de territorio afgano. No está claro cómo evolucionarán las relaciones entre Ashkhadad y el Kabul posTalibán. Es posible que criterios pragmáticos y consideraciones políticas favorables al crecimiento económico mutuamente ventajoso —incluyendo la realización de las obras para la exportación de productos energéticos turcomanos a través de territorio afgano— terminen imponiéndose, a pesar de los anteriores coqueteos del gobierno turcomano con la milicia fundamentalista Talibán.

Arabia Saudita y Turquía. Ciertamente tanto Ankara como —en menor medida— Riyad recibieron con alivio el desmembramiento del radical y perturbador nexo Talibán-Bin Laden-Paquistán. Conviene resaltar que el secular gobierno imperante en Ankara persistentemente cuestionó las tendencias expansivas del fundamentalismo islámico. Turquía también ha demostrado su interés en fortalecer las relaciones económicas, políticas, culturales y estratégicas con las ex repúblicas soviéticas donde residen importantes segmentos de población de origen turco

—tal es el caso de Turkmenistán y Uzbekistán. Paralelamente, vale resaltar que Turquía fue uno de los primeros estados con población mayoritariamente musulmana que ofreció asistencia para el desarrollo a los líderes del gobierno posTalibán. En tal sentido, no debe descartarse una eventual reaproximación entre Ankara y el Kabul posTalibán.

En relación con la política afgana de Arabia Saudita, vale ponderar que desde comienzos de la década de 1980 Riyad apoyó la lucha antisoviética de los *mujaheddin* afganos. Dicho apoyo se materializó a través de la transferencia de armas y recursos financieros en colaboración con las autoridades de Paquistán y Estados Unidos. Las convergencias entre Riyad e Islamabad en torno del fortalecimiento de organizaciones islámicas de Afganistán comenzaron a decaer con el retorno a la región del saudita Osama bin Laden. Recuérdese que él y Al-Qaeda fueron acusados de lanzar una campaña terrorista contra objetivos estadounidenses en la Península Arábiga. Actualmente, Riyad intenta erigirse como una verdadera potencia regional de orientación sunnita. Ello incluye trabajar para estabilizar Afganistán e Iraq, también buscar una solución pacífica para el conflicto palestino y evitar una mayor influencia de Irán en el mundo islámico.

En suma, parece evidente que las aspiraciones y presiones hegemónicas de las potencias regionales contribuyeron a agudizar el conflicto Talibán-Alianza del Norte. No parece incorrecto señalar que, antes de los acontecimientos del 11 de septiembre, la milicia fundamentalista Talibán contaba con el firme respaldo de Paquistán. Al mismo tiempo, las distintas facciones que conformaban la Alianza del Norte gozaban de la simpatía y el apoyo de Irán, Rusia, la India, Uzbekistán y Tayikistán.

En septiembre de 2001, el régimen Talibán controlaba más de 90% del territorio. Consecuentemente, el Proyecto afgano de los militares paquistaníes estaba a punto de triunfar —con importantes consecuencias estratégicas regionales y globales. Sin embargo, la presunta participación de Bin Laden y de su organización terrorista Al-Qaeda en los ataques suicidas a Washington y Nueva York provocaron un brusco e inmediato realineamiento estratégico en Asia central. Ello cristalizó con el virtual aislamiento del régimen de Kabul y, poco después, con su claro desmoronamiento político-militar.

La construcción del régimen afgano posTalibán

Entre 1996 y 2001 se llevaron a cabo tres procesos paralelos de negociación en búsqueda de una solución política, justa, equilibrada y duradera para el sangriento conflicto Talibán-Alianza del Norte —o en términos más amplios, para resolver pacíficamente las contradicciones entre el nexo Talibán-Bin Laden-Paquistán y la articulación Alianza del Norte-Irán-Rusia-la India-Uzbekistán-Tayikistán.

El primero de tales procesos de negociación fue llamado el Grupo 6+2, creado en octubre de 1997 bajo los auspicios del secretario general de la ONU Boutros Boutros-Ghali, e integrado por los seis vecinos inmediatos de Afganistán —Paquistán, Irán, Turkmenistán, Uzbekistán, Tayikistán y China—, además de Estados Unidos y Rusia. El Grupo 6+2, coordinado por el enviado especial de la ONU Lakhdar Bramini, procuraba promover una salida negociada al conflicto interno afgano mediante la puesta en marcha de conversaciones de paz con vistas a crear un gobierno de amplia base, étnicamente representativo, debidamente legitimado y, al mismo tiempo, concertar con las potencias actuantes en el país la ejecución de un embargo a las transferencias de armas destinadas para las diferentes facciones en conflicto.

A pesar del esfuerzo, el resultado efectivo de esta importante iniciativa diplomática multilateral fue bastante modesto debido, entre otras razones, a la inflexibilidad de los líderes del Talibán y de la Alianza del Norte, a la continuidad del apoyo —incluso militar— de las potencias regionales a sus respectivos aliados y clientes dentro de Afganistán y a la exigencia de Washington para que el Talibán entregase a Bin Laden y quebrase los vínculos con el narcoterrorismo.

Así las cosas, a comienzos de 2001, Ishtiaq Ahmad lamentó que “el Grupo 6+2 se ha transformado en un mero foro de discusión entre los cancilleres de los países y el enviado de la ONU para Afganistán”, agregando en seguida que “mientras el Talibán continúe siendo una fuerza militar no rivalizada en Afganistán, el Grupo 6+2 será incapaz de ejecutar cualquier iniciativa creíble de cambio hacia la paz y la amistad en el país”. Resaltando en seguida que solamente “si la milicia reli-

giosa [Talibán] es reducida a una nulidad [léase debilitada o derrotada militarmente], entonces él [se refiere al Grupo 6+2] se haría presente como el foro más apropiado para la creación de un orden político de amplia base en Afganistán”.²³

El segundo proceso negociador, llamado de Roma, fue iniciado y conducido —a partir de 1996— por el ex rey afgano Mohammad Zahir Shah, a la sazón exiliado en Italia. Dicho proceso negociador colocaba como propuesta central la búsqueda de una solución negociada al conflicto Talibán-Alianza del Norte mediante la convocatoria de una Loya Jirga —la tradicional asamblea de líderes tribales y religiosos afganos. En tal hipótesis, la Loya Jirga —que en caso de realizarse sería coordinada por el propio ex rey— ofrecería alentadoras condiciones y posibilidades para alcanzar un acuerdo político entre las facciones moderadas de los diferentes grupos étnicos y religiosos. Obsérvese que tales facciones moderadas habían sido marginadas por las facciones más radicales y militaristas dirigidas por los comandantes de ambos bandos. Al mismo tiempo, se procuraba constituir un futuro gobierno étnicamente representativo, viable y debidamente legitimado.

A pesar de ser diplomáticamente respaldado por Estados Unidos y varias naciones europeas, el proceso negociador de Roma también logró limitado resultado práctico debido al notorio predominio de las facciones radicales tanto al interior de la milicia fundamentalista Talibán como de la Alianza del Norte. En tal sentido, las facciones radicales comandadas por sus respectivos señores de la guerra terminaban inviabilizando o limitando seriamente todo el proceso negociador de Roma.

Finalmente, conviene destacar el proceso negociador llevado a cabo por el Grupo de Contacto de la Conferencia de Países Islámicos. Dicho Grupo de Contacto sobre Afganistán era conducido conjuntamente por Paquistán e Irán. El mismo proponía una salida negociada para el sangriento conflicto Talibán-Alianza del Norte. Pero, del mismo modo que en los procesos de negociación auspiciados por la ONU y el ex rey, esta iniciativa diplomática multilateral fue obstruida por las

²³ Ishtiaq Ahmad, “Containing the Taliban: path to peace in Afghanistan”, *Perceptions/Journal of International Affairs*, V(4), 2001, pp. 67-85.

posturas inflexibles de los principales actores internos y el choque de las espurias aspiraciones y presiones hegemónicas de las potencias regionales. Aun así, parece importante resaltar que antes del 11 de septiembre las gestiones conjuntas de las cancillerías de varios países islámicos permitieron algunos acuerdos entre las partes, particularmente en lo que se refiere al intercambio de prisioneros de guerra y otras iniciativas de carácter humanitario.

En suma, parece evidente que hasta poco antes del 11 de septiembre existía un virtual vacío de acciones diplomáticas viables para lograr una salida negociada, justa, equilibrada y duradera para el conflicto Talibán-Alianza del Norte. Los principales responsables de tal situación eran, ciertamente, los señores de la guerra que comandaban las facciones radicales de ambas partes, así como sus respectivos aliados internos y externos.

Los acontecimientos del 11 de septiembre en Estados Unidos, la rápida articulación de un amplio consenso estratégico anti-Talibán-Bin Laden, el inicio de las operaciones militares antiterroristas dirigidas por Estados Unidos y el Reino Unido, y la posterior desintegración del régimen Talibán abrieron, momentáneamente, la posibilidad de instituir un nuevo y más legítimo, viable y representativo gobierno para el Afganistán pos-Talibán.

Al dar por sentado el derrocamiento del régimen Talibán y la ruptura de la perturbadora articulación Talibán-Bin Laden (Al-Qaeda)-Paquistán, el gobierno estadounidense y otros importantes actores internacionales comenzaron a presionar política y diplomáticamente a los líderes de la Alianza del Norte con el propósito de iniciar una nueva ronda de conversaciones serias, amplias y profundas —bajo los auspicios de la ONU— procurando una nueva estructura de Estado y de gobierno para Afganistán.

Un acuerdo político destinado a crear un futuro gobierno étnicamente representativo, debidamente legitimado y viable en el mediano y largo plazo en el Afganistán pos-Talibán, tendría que fundamentarse en: *a)* el reconocimiento del carácter multiétnico y pluricultural del país por todas las partes involucradas en el proceso de negociación; *b)* la instalación de una

estructura federal de gobierno que garantizase plenamente los derechos y deberes de todos los ciudadanos y de todos los grupos étnicos y religiosos, y *c*) la deposición de las aspiraciones y presiones hegemónicas de las potencias regionales a favor de un virtuoso esfuerzo de cooperación internacional convergente y de largo plazo orientado a la reconstrucción del país luego de más de dos décadas ininterrumpidas de guerra, destrucción y empobrecimiento generalizado de la población afgana.

Así las cosas, entre el 27 de noviembre y el 5 de diciembre de 2001, y bajo los auspicios de la ONU, líderes políticos y militares de las etnias pashtún, hazara, tayika y uzbeca se reunieron en la ciudad alemana de Bonn, con el propósito de negociar un acuerdo que viabilizase una efectiva transición del autoritarismo que caracterizó a la teocracia islámica impuesta por la milicia fundamentalista Talibán hacia un orden sociopolítico constitucional, de orientación democrática, étnicamente representativo, debidamente legitimado y viable en el mediano y largo plazos.

Aparentemente, el proceso negociador fue bastante complejo debido a la dificultad de armonizar las demandas —legítimas pero en algunos casos divergentes y contradictorias— de los diferentes grupos étnicos y religiosos. A esto último debe agregarse la posición de fuerza de los victoriosos comandantes de la Alianza del Norte y las presiones diplomáticas de la comunidad internacional exigiendo la perentoria firma de un acuerdo relativamente satisfactorio para todas las partes.

El 5 de diciembre se dio a conocer a la opinión pública mundial la firma de un acuerdo interétnico que posibilitaría la transición hacia un régimen constitucional y la creación de una nueva estructura de gobierno.²⁴ En términos generales, las partes coincidieron en la necesidad de impulsar un proceso de transición política de mediano plazo que condujese hacia un nuevo orden constitucional a través de dos fases principales. La primera se caracterizaría por la creación de un gobierno provisional integrado por un gabinete ministerial de 30 miembros

²⁴ “Llegan a acuerdo para nuevo gobierno en Afganistán”, *AP*, 5 de diciembre, 2001. [www.espanol.yahoo.com/noticias/011205/actualidad/ap/alemania-afganistan-dialogo-1786.html#]. Consultado el 5 de agosto, 2007.

—la mitad de ellos vinculados a la Alianza del Norte—, que estaría en el poder durante seis meses a partir del 22 de diciembre de 2001. Dicho gobierno provisional fue encomendado a Hamid Karsai —un “moderado” líder político-militar de la etnia pashtún y vinculado al ex rey Zahir Shah.

Según el acuerdo, la segunda fase de la transición política afgana hacia el orden constitucional estaría dominada por el simbólico regreso al poder del ex rey Zahir Shah, cuya tarea fundamental sería convocar y coordinar la Loya Jirga. La Loya Jirga —o gran asamblea de líderes religiosos y tribales afganos— tendría la responsabilidad de redactar una nueva Constitución y llamar a elecciones generales a más tardar en el año 2004. Con la aprobación de una nueva estructura de gobierno y la toma de posesión del futuro mandatario afgano se cumpliría el retorno al orden constitucional y, presumiblemente, se abriría una nueva etapa en la historia social y política de Afganistán. Conviene mencionar que en 2004, Karzai fue electo presidente del país.

En el interludio, la comunidad internacional debería ejecutar un expresivo programa de asistencia para el desarrollo y ayuda para la reconstrucción del país. Al mismo tiempo, una Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad, bajo comando de la OTAN, sería enviada a Afganistán —especialmente a Kabul— con la finalidad de asegurar la paz y el orden en el proceso de transición. Dicha misión de paz está integrada por casi 40 000 soldados procedentes de 26 países, además de 11 países asociados.

Ciertamente, la firma del acuerdo afgano en Bonn fue sumamente importante en la medida en que abrió el camino hacia una pacificación y transición democrática. Se procuraba la construcción de un Estado étnicamente representativo, debidamente legitimado y viable en el mediano y largo plazos. Además, con el acuerdo se garantizaba la transferencia hacia el país de un expresivo volumen de recursos y asistencia para el desarrollo (con un horizonte temporal de largo plazo). Otro aspecto positivo del acuerdo era, por supuesto, el mayor equilibrio en las relaciones de género. La presencia moderadora del ex rey Zahir Shah y su labor en la Loya Jirga sería otro factor positivo. Finalmente, la favorable recepción del acuerdo interé-

nico afgano en varias cancillerías y en la ONU permitía suponer la existencia de un adecuado respaldo político y diplomático para el mismo.

Aun así, parece importante señalar que ya en aquella época era posible intuir algunas inquietantes limitaciones y contradicciones que podrían terminar afectando negativamente la ejecución del acuerdo y de la transición afgana. En primer lugar, era necesario recalcar la necesidad de fortalecer el delicado equilibrio interétnico que sustentaba el acuerdo, lo que resultó muy difícil de lograr en una sociedad dilacerada y con baja confianza recíproca entre las diferentes etnias.

En segundo lugar, las fuerzas sociopolíticas afganas —con el necesario respaldo internacional— tendrían que evitar que los líderes de la Alianza del Norte buscasen desconocer, desvirtuar o desnaturalizar los acuerdos alcanzados en Bonn. Caso contrario, y como aconteció, la autoridad real del gobierno de Karzai terminaría siendo bastante limitada en todo el territorio afgano.

En tercer lugar, el proceso de reconstrucción económica, política y social de Afganistán debería acompañarse de algún tipo de control —para no decir represión— de aquellos movimientos y elementos radicales que insistían a favor de la creación de un nuevo régimen inspirado en el fundamentalismo islámico en el país y en la región.

En síntesis, el acuerdo para la transición hacia un orden constitucional y de orientación democrática en Afganistán, a pesar de sus limitaciones y contradicciones, parecía ser extremadamente importante para la paz y seguridad regional y global. En dicho acuerdo se establecieron las bases fundamentales de un proceso que —se esperaba— conduciría al surgimiento de gobiernos étnicamente representativos, debidamente legitimados y viables en el mediano y largo plazos. Según esa hipótesis, el país podría dedicar sus fuerzas y talentos hacia la reconstrucción, la pacificación y la democratización.

Posdata de agosto de 2007

A comienzos del año 2001, Zalmay Khalilzad alertó que el conflicto interno en Afganistán se aproximaba a un punto de

inflexión. Entonces el autor sugería que dicho conflicto podría evolucionar en tres direcciones concretas: *a)* la completa victoria militar de la milicia Talibán; *b)* el inicio de una prolongada guerra de guerrilla con un marcado énfasis étnico-político, en la que etnias no pashtún continuarían luchando heroica y desesperadamente contra los embates de la facción más radical de la etnia pashtún, y *c)* buscar una salida negociada, equilibrada, justa y duradera para el conflicto. Khalilzad (2001) reconoció que solamente la tercera alternativa podría ser considerada virtuosa —aunque difícil de lograr.

Exactamente un año más tarde —a principios de 2002—, la situación del conflicto Talibán-Alianza del Norte era exactamente la inversa, dado que la Alianza del Norte controlaba prácticamente la totalidad del territorio afgano. Sin embargo, la milicia Talibán, aunque duramente castigada, aún tenía la capacidad de desencadenar una nueva, costosa y sangrienta guerra de guerrillas contra el nuevo régimen imperante en Kabul. Naturalmente, este brusco giro en la evolución del conflicto afgano fue provocado por la intervención militar de Estados Unidos y sus aliados, en el marco global de la “lucha contra el terrorismo”. Obsérvese que los ataques suicidas contra el corazón político y financiero de la potencia hegemónica más importante del planeta provocaron un expresivo reordenamiento estratégico regional y global.

Más de cinco años después de los dramáticos acontecimientos del año 2001, la situación interna afgana continúa incierta y dramática para muchos de sus habitantes. Por un lado, el gobierno del presidente Hamid Karzai ha conseguido sobrevivir y gozar de cierto reconocimiento internacional. Para mantenerse en el cargo, Karzai cuenta con el decisivo apoyo de la Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad (ISAF, por sus siglas en inglés), integrada por 40 000 soldados extranjeros, la mayoría provenientes de países miembros de la OTAN. Por el otro, la legitimidad interna del gobierno es sumamente limitada tanto geográfica como políticamente. Karzai gobierna fundamentalmente en la capital del país y en aquellos lugares donde existen bases militares de la ISAF. En el interior del agreste país predominan las guerrillas, los narcotraficantes (especialmente dedicados al cultivo de opio y a la producción de heroína), la

delincuencia común, y se verifica el resurgimiento de la milicia fundamentalista Talibán. Todo ello sin olvidar la difícil situación de los derechos humanos básicos y el poco alentador proceso de reconstrucción del país —después de tres décadas de guerra.²⁵

La situación del conflicto armado es particularmente compleja y violenta en las regiones sur y este del país, donde la porosidad de la frontera con Paquistán sirve como refugio, base y retaguardia de la milicia Talibán. Conviene recordar que dicha región es habitada por pashtunes en ambos lados de la frontera afgano-paquistaní, y que en el pasado era reivindicada como el Gran Pashtunistán —hogar común de todos los pashtunes.

Desde 2005, las acciones militares de la milicia Talibán se han intensificado de forma gradual y persistente. Sin la presencia militar extranjera, el gobierno de Karzai difícilmente podría sobrevivir más de tres meses. Incluso los remanentes del grupo terrorista Al-Qaeda están en proceso de reorganización. Conviene mencionar que se ignora la suerte de Osama bin Laden y de sus más próximos comandantes. Aunque el Talibán y Al-Qaeda tienen objetivos convergentes, es importante recordar que el primero lucha fundamentalmente contra la ocupación extranjera y por la influencia de la etnia pashtún en su país; en tanto, Al-Qaeda pretende la *jihad* internacional.

Algunos analistas de la coyuntura afgana consideran que 2007 es un año crucial dado que las actividades militares del Talibán sugieren un fuerte impulso en su capacidad operativa y de convocatoria. Las fuerzas de la ISAF también están preparadas para una lucha encarnizada y prolongada. En ese sentido, y guardando las proporciones y especificidades, muchos consideran que la violencia sectaria en el país se aproxima a lo observado en el Iraq postSaddam. Difícilmente se podrá llegar a una solución militar. La simultánea pacificación y democratización del país es cada vez menos creíble. Afganistán es un Estado fallido y puede terminar desintegrándose, con graves consecuencias domésticas, regionales y globales. ❖

²⁵ Georgina Higuera, “Talibanistán o la frontera sin ley”, *El País*, 29 de abril, 2007, en internet: [www.elpais.com]. Consultado el 5 de agosto, 2007.